

El Deseo de una Bruja sin Escoba

ANTONIA J. CORRALES



SECUELA HISTORIA DE UNA BRUJA CONTEMPORÁNEA

El Deseo de una Bruja sin Escoba, secuela de la trilogía *Historia de una bruja contemporánea Diana*.

Tras recibir y leer los diarios que Desmond le envía en el XXII, en los que se relata todo lo que ha vivido en su anterior reencarnación, decide reunirse con él. Sin embargo, contrariamente a lo que cree, la información que contienen los textos de poco le servirá. Desmond, Salomón, Ecles, Elda, Igor, Amaya, Antonio incluso Farid, Endora y Samanta, jugarán un papel muy importante en su nuevo presente; donde nada es lo que aparenta ser; donde cualquiera puede ser su aliado o su enemigo.

¿Recobrará su texto *El Evangelio de las brujas*? ¿Será capaz Diana de enmendar el sacrilegio que cometió y despojar a Desmond de la inmortalidad sin verse obligada, una vez más, a separarse de él? ¿Existe una única realidad?

CAPÍTULO 1

Después del encuentro con el nigromante

El ser humano invierte gran parte de su tiempo especulando sobre las decisiones que tomó en el pasado y sus consecuencias. Teoriza sobre lo diferente que sería o podría haber sido su vida de haber elegido otro camino. Mientras lo hace, sin darse cuenta, deja de lado un presente que ya no regresará y sobre el que, cuando este se convierta en pasado, volverá a reflexionar una y otra vez, pensé mientras recorría, entre el tumulto, las calles de la ciudad. Era hora punta. Yo la definía como la hora bruja. Cuando la vida de las criaturas de este mundo y el resto de realidades se convierten en una sola. El tiempo, en esos momentos, parece un folio doblado por las manos de un experto en papiroflexia que lo pliega y le da la forma que quiere sin que lo percibamos. Incluso lo detiene, me dije observando quieta, en medio de la acera, el trasiego automático de los viandantes.

Llovía. Algunos se protegían bajo sus paraguas. Otros, los menos, se dejaban empapar, aunque aceleraban el paso como si la lluvia fuese a licuarlos. Muchos esperaban en los soportales o bajo los toldos de los comercios y bares a que la tormenta amainase. Era una tormenta de verano, fuerte, llena de vida; tan bella y tan fugaz como la estela de un meteorito en el cielo de una noche cerrada, y por ello, porque sabían que la lluvia duraría poco, esperaban. Se resguardaban agrupados y, aunque no se conociesen de nada, se sonreían tímidamente o comentaban algún dato intrascendente para romper un silencio que era innecesario romper.

Caminaba desorientada entre el tumulto. Andaba por la acera como una autómatas a la que sus pensamientos le pueden y hacen que la realidad que vive desaparezca, deje de tener sentido, valor y un porqué. Aunque yo sí tenía un porqué. Era tan fuerte que me enloquecía, que me hacía olvidar dónde y en qué momento o siglo me encontraba. Se llamaba Desmond. Él era el responsable de que yo, como cualquiera, estuviese teorizando, especulando cómo sería mi vida en aquellos momentos de no haberme rendido, de no haberme dejado llevar por el amor que sentía por él y haber tomado el camino más angosto y peligroso pero quizás el acertado. Al menos debería haberlo intentando, pensé. Pero no lo hice y una vez más me dejé llevar por mis sentimientos.

Le pedí al chofer que me dejase dos calles antes de llegar a mi casa. Necesitaba pensar, asimilar toda la información y reflexionar sobre si la decisión que, minutos antes, había tomado, era la correcta, la más segura y viable. De ello dependía que volviese de nuevo a entrar en aquel agujero de gusano o que este se cerrase para siempre. No era fácil, porque aquel puente entre diferentes realidades y tiempos cada vez que lo utilizaba reducía su longitud y se hacía más estrecho. Sabía que, tarde o temprano, desaparecería y no podría volver a viajar por él. De tanto ir y venir, me consumiría en sus entrañas o me quedaría perdida en un pasado inexacto y peligroso para mí y para Desmond. Por ello, mis decisiones y actos, en ese momento, debían ser precisos y certeros, ya que podía estar ante mi última oportunidad.

La lluvia caía con fuerza, sin piedad sobre Madrid. Un Madrid envejecido y súper poblado, de un cielo gris turbio, casi negro. Un Madrid repleto de misterios, leyendas y hechos paranormales de los que ya apenas se hablaba. Las brujas, los magos, incluso los fantasmas, que no eran más que seres que habitaban otra realidad, se habían convertido en proscritos perseguidos y despojados de toda

credibilidad, apartados a empujones mudos pero ciertos; como los viandantes parecían querer hacer conmigo. Tropecé varias veces con diferentes personas que ni tan siquiera se giraron o me dedicaron una disculpa, fuese esta verbal o no. Tuve la sensación de que todos, absolutamente todos, iban en una dirección contraria a la mía y que no podían verme ni sentirme. Tal vez, pensé, yo no estaba en aquella realidad, en aquel tiempo, o quizás fuese porque, en aquellos momentos, andaba en eso tan malsano que llamamos recordar. Una vez más había dejado de lado mi condición de bruja y, como cualquier humano o *muggle*, como les apodaba Alán, repasaba mentalmente lo que había leído en los diarios que Desmond me había enviado. Recordaba todo lo que había sucedido en mi vida anterior y la conversación que había mantenido, horas antes, con el nigromante. Estaba sumergida por completo, en cuerpo y alma, en el siglo anterior al que habitaba en aquel momento. Deseaba, como cualquier ser humano, enmendar un pasado que ni tan siquiera había existido porque mi muerte lo destruyó. Dejó de existir en el mismo instante en que mi corazón se paró. Cuando la vela de mi ala delta se encogió, como si fuese un pájaro herido, y se precipitó sobre las montañas; impidiendo que pudiera reunirme con Desmond en la fiesta del equinoccio de otoño. La vida que había llevado un siglo antes, su veracidad, su existencia, únicamente se sostenía por el contenido de mis diarios y mis recuerdos.

—Sigues siendo demasiado humana y eso te ha perjudicado... —me dijo Salomón durante nuestro encuentro.

El nigromante tenía razón, pensé recordando sus palabras. Sabía que el trato que había cerrado con él me acarrearía consecuencias. Todo acto las tiene. Pero a pesar de ello, acepté. Él, en aquellos momentos, era mi última oportunidad, un salvoconducto que tal vez me permitiese destruir el estigma que a Desmond y a mí nos impedía amarnos y permanecer juntos.

Cuando llegué no subí a mi casa. Introduje la tija en la cerradura de la tienda, de la librería de mi madre adoptiva, y abrí la gran puerta de madera. Aquella puerta enorme y pesada que había existido en múltiples realidades, que protegía tantos secretos y misterios desconocidos para la mayoría de personas.

El nigromante no me dijo dónde estaba la pieza que necesitaba. No lo sabía. Quizás para encontrarlo, me viese obligada a desmontar todos los estantes, las viejas librerías y mirar uno a uno los pequeños cajones que había bajo el gran mostrador de madera. Incluso, tal vez tuviese que picar las paredes de la tienda porque podría encontrarse oculto en uno de sus tabiques, pensé mirando hacia el interior después de pulsar el interruptor de la luz, que iluminó la tienda por completo. Podría estar oculto en cualquier lugar del edificio, en cualquiera de los pisos. Sin embargo, mi sexto sentido me decía que se encontraba allí, en la tienda de mi madre. Aquel lugar fue *El Desván de Aradia*, y si lo fue en algún pasado, seguiría siéndolo en cualquier futuro posible; incluido en el que yo vivía en aquellos momentos. Lo sería siempre, siglo tras siglo. Aunque tuviese diferentes nombres o se ejecutaran diferentes actividades en él. Era un enclave esotérico, una puerta a otra dimensión, a otros tiempos y realidades. Esas puertas, aunque permanezcan cerradas durante siglos, jamás desaparecen.

Hay cosas que nunca mueren, a las que ni el paso del tiempo puede destruir: lugares, objetos, personas... Siguen estando a nuestro lado, junto a nosotros, a la vuelta de la esquina, como solía decir Alán. A eso, las brujas, lo llamamos la otra realidad.

CAPÍTULO 2

El encuentro con el nigromante

La casa donde residía Desmond estaba alejada de Madrid, en un pequeño pueblo que aún conservaba la apariencia de la aldea que fue siglos atrás. Al recorrer sus calles de pizarra donde se construyeron las primeras viviendas, allá por 1555, pareciera que hubieses retrocedido en el tiempo, cuando era conocido por la alquería de la Hoz de los Patones, integrada por solo siete vecinos. Su arquitectura de pizarra negra, única en la comunidad de Madrid, junto a su enclave, su gran valor etnográfico y ambiental, hicieron que a Patones de Arriba, en el siglo XX, le fuese concedida la máxima protección que contempla la ley de Patrimonio Histórico Español. Y así seguía estando cuando llegué: parado en el tiempo. A pesar de estar en el siglo XXII Patones de arriba permanecía intacto.

Aquel pueblo era un lugar mágico, pensé caminando por el núcleo urbano, compuesto por un puñado de casuchas. Anduve ensimismada en la contemplación de cada fachada, ventana, tejado y esquina. Sentí a sus habitantes, oí sus llantos, sus risas y su música; una música primitiva que sonaba lejana y constante, que acompañaba cada uno de mis pasos y que supe solo escuchaba yo. Les vi en sus campos, en sus eras y tinados, ajenos a la civilización. Por momentos, por unos instantes imprecisos, vi lo que había ocurrido allí durante siglos. Fue una visión, un retorno a cientos de pasados que se proyectaron ante mis ojos a gran velocidad, como me sucedió con los antiguos inquilinos del ático de Antonio en mi anterior reencarnación. Supe que aquella visión se estaba produciendo por-

que yo ya había habitado aquel lugar. Las gentes que lo poblaron siglos atrás aparecían y desaparecían ante mis ojos, sin verme; como si yo fuese un fantasma, cuando en realidad eran ellos los que aparentaban serlo. Así fue hasta que las imágenes se ralentizaron poco a poco y, finalmente, se detuvieron. Fue como si un instante de ese pasado hubiera decidido, por algún motivo, hacer una pausa.

—¡Diana! —Exclamó risueña—. Te he echado mucho de menos. Te fuiste sin despedirte y sin contarme el final de la historia de la bruja que se enamoró de un mortal —dijo corriendo a mi encuentro.

Al llegar se abrazó con fuerza a mis piernas, como si nuestra relación fuese cercana, muy cercana.

Me agaché y nuestras miradas se cruzaron. La de ella llena de vitalidad y de alegría. La mía empañada por la añoranza de algo que sentía había formado parte de mi vida, pero que no recordaba y que, instintivamente, quise buscar en sus ojos.

—Eres preciosa —le dije y sonreí.

—He crecido desde que te fuiste —comentó poniéndose de puntillas.

Tendría unos siete u ocho años. El pelo largo, liso y negro como el carbón, igual que sus ojos, rasgados y de mirada profunda. Tan bella y perfecta que parecía salida de una ficción.

—¡Jimena! —gritó una voz varonil—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no debes hablar sola? Ni gesticular como si hubiese alguien a tu lado... —Hizo una pausa, la miró fijamente y con un gesto de su mano le indicó que callase porque la niña iba a replicarle—. No, no vuelvas a decirme que estás hablando con Diana. Ya sabes, cariño, que ella se fue hace mucho tiempo. Sé que la echas de menos, pero debes aceptar que murió. Diana ahora está en el cielo. Anda, ven —le indicó el hombre al tiempo que extendía sus brazos y se agachaba para que la niña fuese con él.

–Papi, Diana está aquí –exclamó señalándome–. Tú no puedes verla, pero yo sí. La veo y hablamos.

–¿No has escuchado lo que te he dicho? –le recriminó enfadado–. ¡Ven inmediatamente! –le ordenó.

Ella, omitiendo las palabras de su padre, volvió a dirigirse a mí:

–¿Nos vemos como siempre?, cuando la constelación de Orión brille con fuerza en el cielo. –Sonrió sin esperar mi respuesta y echó a correr hacia los brazos del padre.

Este la aupó y ambos desaparecieron ante mis ojos como si nunca hubieran estado allí. Para su padre yo no existía, era producto de la imaginación de su hija, para la niña simplemente un habitante de otra realidad, aunque ella aún no lo supiera o jamás llegara a saberlo, pensé. El destino me había llevado a aquel lugar por un motivo que, en ese momento, desconocía o había olvidado, como tantas otras cosas que formaban parte de mis anteriores vidas.

Quizás, mi regreso no era solo por Desmond, me dije observando las calles ya sin el ajetreo de los habitantes del pasado que momentos antes había visto. Tal vez Desmond lo había elegido como residencia porque conocía mi vínculo con aquel pueblo. O Quizás porque aquel era el enclave perfecto para que los dos pudiéramos ocultarnos y por fin burlar al destino infausto que siempre, siglo tras siglo, nos había separado.

Busqué la casa que Desmond me indicaba en la carta que me envió con los diarios. Debía estar situada lejos de las que un siglo atrás fueron, en su mayoría, propiedad de la hostelería, pero que el pueblo, su magia, debió escupir fuera de sus lindes en algún momento. En el siglo XXII, el que yo habitaba en aquellos momentos, ya no había restaurantes; solo pequeños negocios que anunciaban, como en la edad media, su oficio con algún objeto colgado de los ventanucos o situado en las puertas de algunas viviendas. Sus pocos, muy escasos habitantes, eran arte-

sanos que, empujados por diferentes motivos, habían abandonado la ciudad.

Debía buscar un yunque en la entrada. Esa era la única indicación que me había dado Desmond, esa y que su oficio era el de herrero. Forjaba figuras de constelaciones, planetas y galaxias. Vi el yunque de metal situado al lado de la puerta y sobre él, colgada de la ventana del piso superior, la constelación de Orión fabricada en metal. Sigue contando estrellas, pensé sonriendo a unos pocos metros de la puerta e imaginé las chispas incandescentes de la fragua. Como algunas escapaban fuera, flotaban unos instantes y caían al suelo. Eran como estrellas que resplandecían y se extinguían en un instante. Un instante que para ellas era toda una vida. La relatividad me dijo. Esa que nos engaña y confunde, sobre todo cuando vamos envejeciendo y el tiempo encoje, se hace tan efímero que sentimos haber vivido apenas un instante. Cuando los días parecen tener la duración de un suspiro, a veces, ahogado.

—¡No lo hagas! —Me increpó una voz varonil—. Si lo haces lo perderás todo. Sigues siendo demasiado humana. No deberías estar aquí. Esa dualidad entre lo humano y tu condición de bruja terminará, una vez más, llevándote al fracaso y a la destrucción, cuando debería haberte ayudado a perfeccionar tus dones en esta realidad. Dicen que los mestizos son más inteligentes que los seres de pura raza, pero tu caso parece ser una excepción; la desafortunada irregularidad que confirma toda regla.

Era Salomón, el nigromante. No tenía el aspecto que yo describía en mis diarios. Su vestimenta seguía siendo oscura, pero no llevaba gabardina ni guantes, tampoco el sombrero de ala ancha, por lo que pude ver su pelo encanecido, escaso y semilargo; recogido en una coleta despeluchada y fina. A pesar de su gran estatura había perdido la fortaleza que poseía antaño. Daba la impresión de que le costaba mantenerse en pie. Por momentos tuve la impresión de que sus piernas se quebrarían como una ra-

ma seca. Estaba famélico y pálido. Sus facciones eran afiladas y su semblante cadavérico. Pensé que el paso del tiempo se lo estaba comiendo de dentro hacia fuera, dejando su cuerpo milenario hueco, robándole el alma. Si no hubiese sido por su voz grave, de tono imperativo y amenazante, junto a su olor a humedad y muerte, no le habría reconocido.

—No debería ser así, pero, en cierto modo, me alegra verte. Será porque, como has dicho, soy demasiado humana —repliqué—. También porque, en este momento, te has convertido en una prueba más de que mis recuerdos y todo lo que he leído en los diarios es o en su momento fue real. Eso me da cierta seguridad.

Pareció no escucharme porque no cambió su expresión, ni tan siquiera se movió del lugar donde se encontraba, a unos pocos metros de mí. Parecía una estatua de hierro, tan gris y tan falta de vida como ella.

—Si entras —señaló la puerta de la casa de Desmond—. Si hablas con él, si volvéis a encontraros, cometerás un error irreparable. ¿Has olvidado cómo terminó vuestra historia en el siglo anterior, la última vez que estuvisteis juntos? ¡Volverás a morir! Y lo harás como lo hiciste entonces; sin conseguir nada. —Sentenció amenazante, alzando el tono de voz—. Si no quieres que eso suceda debes regresar a la ciudad sin verle, sin mantener contacto con él. No podéis volver a veros, al menos no en este siglo.

—Estás irreconocible, muy desmejorado. Me sorprende que hayas perdido aquel ímpetu del que hacías gala. Pareces una cerilla que se apaga poco a poco —le dije burlona—. Tu voz es lo único que aún parece tener fuerza. A pesar de tu aspecto de alma en pena, sigues siendo el mismo. Puedo percibir tu energía. No ha cambiado. Es oscura, Salomón, muy oscura. ¿Qué pretendes? Debe ser algo muy importante. De lo contrario no te habrías tomado la molestia de advertirme.

–Yo, novata, no soy el único que se apaga. Tu luminiscencia de luciérnaga también se extingue –esbozó una sonrisa mordaz que afiló aún más sus pómulos descarnados–. No eres, precisamente, la más adecuada para juzgarme. Arrastras un pasado lleno de claroscuros. Todos tenemos manchas en nuestro historial. Todos –puntualizó mirándome fijamente.

»Si te reencuentras con él –volvió a señalar la herrería–, tú y yo nos convertiremos en éter. Seremos polvo de estrellas. Las mismas que Desmond cuenta noche tras noche recordándote, soñando con tu regreso. Si tu luz se apaga, Desmond continuará buscándote. Esperará eternamente tu retorno. Es inmortal. ¿Lo has olvidado? –dijo en tono irónico–. Tú le diste ese beneficio. Ajeno a lo que te ha sucedido, sin tener conocimiento de que no volverás, seguirá esperando vuestro reencuentro siglo tras siglo. Lo hará sin descanso, como siempre ha hecho, pero tú no volverás a reaparecer en su vida. ¡Jamás volverás a su lado! ¿Tan poquito le quieres para condenarle a esa barbarie?

–¡Cómo te atreves! –grité–. Le quiero más que a mí misma, con toda mi alma –respondí desafiante–. He dado mi vida por él muchas veces y volvería a hacerlo.

–Ah, ¿sí? Pues, como dicen los mortales, no le quieras tanto y quiérole mejor –se sonrió.

–No has conseguido el Evangelio. Ha pasado un siglo y aún no lo tienes. Eso es lo que te ha traído hasta aquí. Lo necesitas, como bien has dicho, para sobrevivir. Te consumes, Salomón, te estás consumiendo poco a poco. No hay más que ver tu decrepitud. ¿Me equivoco?

–He perdido parte de mi capacidad para viajar en el tiempo y ello me está convirtiendo en mortal. En un mortal que debió morir hace siglos. Me consumo, me consumo lentamente y lo hago sobre mis propias cenizas. Las que nunca llegaron a ser esparcidas, las cenizas que la quema de mi cuerpo debió generar hace siglos, cuando escapé de la muerte por primera vez.

»¡Escucha, Diana! –Exclamó alzando el tono de voz–. Tú tampoco te salvas de la condena que lleva implícito el paso del tiempo. Nadie es capaz de hacerlo. Cada una de tus reencarnaciones te resta tiempo. Si no cumples con tu cometido terminarás desapareciendo para siempre; como yo. Aunque no lo creas tú y yo somos muy parecidos. Tú arrastras un estigma generado por saltarte las normas de tu Orden, por violar el Evangelio. Yo no respeté el orden supremo de la vida, el que asegura que todo muera para volver a renacer. Utilicé miles de conocimientos que no me pertenecían, incluso firmé pactos oscuros para conseguir mis propósitos. Pero todo tiene un fin, queramos o no. Podemos intentar alargar el tiempo, engañarlo, incluso curvarlo para que dure más, pero al final nuestra vida, de una forma u otra, tiende a desaparecer. Ambos estamos dentro de una espiral que poco a poco nos consume; de diferente forma pero con el mismo resultado final. Nuestros pasados, presentes y futuros, en algún momento, se desvanecerán y nosotros lo haremos con ellos.

»Aún nos queda una oportunidad, todavía podemos prolongar nuestra existencia. Si lo conseguimos lograremos desandar parte del camino. Será como nacer por primera vez. Para ello debemos librarnos de la maldición con la que ambos cargamos siglo tras siglo. Con la que también carga, gracias a ti, Desmond.

–Y, ¿qué tiene que ver tu destino con el mío? –pregunté encogiéndome de hombros, como si nada de lo que había dicho me importase. Pero me interesaba. Muy a mi pesar era así. Sabía que la situación extrema en la que se encontraba Salomón, como él mismo terminaba de manifestar, era el motivo por el que se estaba sincerando conmigo.

–Sé lo que debes hacer para permanecer más tiempo con Desmond. Puedo ayudarte a conseguir el tiempo que necesitas para averiguar cómo librarte de tu maldición y de la que él sufre gracias a tu... “amor” –hizo una pequeña

pausa y enfatizó el sustantivo—. A cambio debes prometerme que, cuando el Evangelio de Aradia, tu Evangelio, sea legible me permitirás leer los conjuros que necesito para seguir con vida, para desandar mi camino. Necesito una nueva oportunidad. Quiero cambiar mi destino. Tengo derecho al arrepentimiento, a una nueva oportunidad. Todo ser lo tiene. ¿Me vas a negar esa oportunidad?

—Lo único que hiciste fue entorpecer mis pasos. Yo no soy la responsable de tus actos, como tú no lo eres de los míos. Nuestro camino nunca fue el mismo. No sé por qué tengo que ayudarte. Eras mi enemigo, así lo percibí en todos nuestros encontronazos y no hay nada que me indique que algo en ti haya cambiado —respondí.

—A veces hay que arriesgar, creer por el simple hecho de hacerlo o porque no se tiene otra alternativa y tú, Diana, en estos momentos, no tienes más opciones que creerme y ayudarme. Haciéndolo te ayudarás a ti y a Desmond. Sin la información que poseo jamás recordarás lo suficiente como para tomar el camino adecuado; ni tan siquiera llegarás a él —sentenció.

»Hay partes de tu historia que, aunque estén escritas en tu diario, no conseguirás recordar jamás. Información vetada. Yo puedo transmitirte parte de esa información. Estoy fuera del influjo de tu Orden y eso me hace inmune a sus conjuros. Endora no tiene poder sobre mí —puntualizó mirando hacia atrás como si ella, Endora, nos estuviera vigilando y pudiese escuchar nuestra conversación.

»Piensa... —dijo haciendo una pausa y se llevó un dedo a la sien al tiempo que cerraba los ojos—. ¿No te has planteado que jamás has llegado con vida a la fiesta del equinoccio de otoño? En este siglo Desmond también te invitará a esa fiesta. Si yo no te doy la información que necesitas, lo más probable será que mueras antes de asistir, como te sucedió en tus otras vidas. Y esa fiesta, créeme, tu asistencia a ella, es más importante de lo que puedas imaginar. Una pieza clave.

»Los enemigos, aunque yo no me consideró tu enemigo, ganan juntos las mayores batallas. La más grande de todas es conseguir que se termine la guerra que están librando. Todo es cuestión de unir intereses. Puro instinto de supervivencia. Todos nos necesitamos, por un motivo u otro, es así. A veces desconocemos ese porqué, pero está ahí, uniendo nuestros pasos a través de cientos, miles de coincidencias que tú y yo sabemos que no son tales.

—No has cambiado, Salomón, no has cambiado nada y, aunque ya no me atemorizas, sigo sin fiarme de ti.

—Tus sentimientos anulan tu pragmatismo, el que toda bruja debe poseer. Jamás te hice daño alguno —dijo en tono contundente, mirándome fijamente a los ojos—. Has pasado ese detalle por alto, no lo sopesaste, ni tan siquiera lo advertiste, porque te atemorizaban los poderes que yo tenía y tu miedo te cegó. ¡Demasiado humana! —exclamó moviendo la cabeza de derecha a izquierda.

»Sabes que me necesitas. De lo contrario nuestra conversación no hubiese durado ni un segundo. Me habrías despachado, como hiciste otras veces. Estabas al corriente de tu situación antes de venir hasta aquí. Eras consciente de que esta vez podía ser la última y que el tiempo del que ambos disponéis es de apenas unos días. Ahora tienes la ventaja de haber leído tus diarios. En ellos está el puzle completo que da origen a todas tus reencarnaciones. Conoces los motivos, los errores que cometiste y tu estigma. Debes quitarle a Desmond la inmortalidad y así enmendar tu sacrilegio. ¿De verdad crees que lo conseguirás en tan poco tiempo? ¿Piensas que, amándole como le amas, serás capaz de hacerlo, cuando no lo has hecho jamás? Yo creo que no. Caerás en la misma red y tus sentimientos volverán a traicionarte, se impondrán una vez más a la razón. Pero hay otra solución, la que tú llevas buscando siglo tras siglo. Es más sencilla de lo que piensas. Siempre ha estado delante de ti, frente a tus ojos, a la vista. Pe-